

La aventura del CAAM

En un mundo del arte en el que el Occidente comenzaba a morderse la cola, en el que el Centro proponía al resto del mundo –al que aún se tiene la costumbre de llamar la «periferia»– un modelo único para vivir y crear, a falta de sólo una década para el próximo milenio, la aventura del CAAM llegó como un salvavidas. Con una generosidad y una humildad de que suelen carecer este tipo de instituciones, el Centro Atlántico de Arte Moderno aportaba el concepto de tricontinentalidad. En una época en que se quería considerar el mundo como una aldea universal dedicada a la economía de mercado, en que, con una arrogancia que abarca todo el siglo, los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, en que la ley del más fuerte se ha convertido en la única regla, las Canarias proponían una alternativa de fraternidad y universalidad en el sentido primario del término. No una universalidad que englobase al mundo en un mismo molde insípido y hegemónico, sino una universalidad en el sentido en el que la describía Césaire: la suma de todos los particularismos.

Pues, anclados en el suelo canario, entre la tierra y el mar, con la mirada puesta en el horizonte inmutable donde tantos de ellos han desaparecido en busca de nuevas tierras y aventuras, los promotores de este museo tan especial no olvidaron que las raíces necesitan un gran espacio para desarrollarse. Las raíces están hechas para sostener árboles que a su vez sostendrán ramas portadoras de hojas. Estas hojas acompañan a los frutos que habrán de dispersarse por todos los rincones de la tierra. En efecto, ¿qué es la tricontinentalidad, sino la afirmación lúcida de un mundo abierto cuyas fronteras no se detienen ante nuestras puertas ciegas? ¿Qué es la tricontinentalidad, sino el reconocimiento del Otro, la reivindicación de la otredad como elemento constitutivo de nuestra propia humanidad? Semejante audacia, semejante decisión, implica unos riesgos, y esos riesgos han sido asumidos. Alejado de los caminos trillados del arte convencional, el CAAM ha ido a África, a América, a las Antillas, a las islas del océano Índico, para describirnos otro mundo, para devolvernos el sabor de esa lejanía que no es más que un espejo de nosotros mismos.

Porque el CAAM es un laboratorio. Lo que propone al mundo no se ha visto en ninguna parte antes de ser revelado a un público más grande. Es el lugar donde los conceptos toman cuerpo. ¿Qué más da que no sepamos exactamente dónde desembocarán estas experiencias? Saber no sirve de nada si no se puede sentir. El CAAM –su historia lo atestigua– rara vez se equivoca. Y ello se debe a Martín Chirino, un artista en el mundo. Con el respeto debido a las administraciones y a su trabajo, parece obvio que semejante locura visionaria, semejante sueño universalista, sólo podía proceder de un artista. Una década se acaba. Sólo podemos esperar, en este aniversario, que esta aventura en la que desde hace años tengo el privilegio de participar sobreviva durante muchas décadas.

• • •
SIMON NJAMI

DIRECTOR, COFUNDADOR Y REDACTOR JEFE DE *REVUE NOIRE*

The CAAM adventure

In an art world where the West was beginning to chase its own tail, where the Centre proposed to the rest of the world – still usually referred to as the ‘periphery’ – a single model of living and creating, with only a decade to go until the next millennium, the adventure of the CAAM’s arrival was a lifesaver. With a generosity and humility that this kind of institution usually lacks, the Atlantic Centre of Modern Art contributed the concept of tricontinentality. During an era in which the world was considered a global village dedicated to the market economy, in which, with an arrogance that ranges across the entire century, the rich kept getting richer and the poor kept getting poorer, in which the survival of the fittest had become the only rule, the Canary Islands proposed an alternative of fraternity and universality in the primary sense of the term. Not a universality that shoves the world into the same insipid and hegemonic mould, but rather, a universality in Césaire’s sense: the sum of all particularisms.

So, anchored on Canaries soil, between the land and the sea, with their eyes fixed on the immutable horizon where so many of their ancestors had disappeared in search of new lands and adventures, the promoters of this very special museum did not forget that roots need a lot of room to grow. Roots are made to hold up trees, which then hold up the branches that carry the leaves. These leaves accompany the fruits that must be dispersed to every corner of the earth. Indeed, what is tricontinentality, if not the lucid affirmation of an open world whose borders do not stop at our blind doors? What is tricontinentality, but the recognition of the Other, the vindication of otherness as a constituent element of our own humanity? Such audacity, such a firm decision, implies risks, and these risks have been taken. Far from the well-worn paths of conventional art, the CAAM has gone to Africa, to the Americas, to the Antilles, to the isles of the Indian Ocean, to describe for us another world, to give back to us the flavour of this distance that is no more than a mirror of ourselves.

Because the CAAM is a laboratory. What it proposes to the world has not been seen anywhere else before it is revealed to a larger audience. It is the place where concepts take form. What does it matter that we do not know exactly where these experiences will lead? To know is worth nothing if one cannot feel. The CAAM – its history bears this out – is rarely mistaken. And this is due to Martín Chirino, an artist out in the world. With due respect for the efforts of politicians and administrators, it seems obvious that such a visionary folly, such a universalist dream, could only come from an artist. A decade is coming to an end. We can only hope, on this anniversary, that this adventure, which for years I have had the privilege of sharing, lives on for many decades more.



SIMON NJAMI

DIRECTOR, CO-FOUNDER AND EDITOR OF *REVUE NOIRE*